Cómo el barín compró una oveja

Había una vez un mujik que tenía muchas ovejas. En invierno, una oveja enorme parió un corderito, y él la llevó del corral a la isba junto con su cría. Llega la noche. Pasa viajando un barín y le pidió alojarse para pasar la noche. Se acercó a la ventana y preguntó:
—Mujik, ¿me dejas pasar la noche?
—¿Y no van a hacer travesuras durante la noche?
—¡Que Dios nos libre! Solo necesitamos un lugar donde dormir la noche oscura.
—Pasa, barín.
El barín entró al corral con el cochero. El cochero fue a cuidar de los caballos, y el barín se dirigió a la casa. El barín llevaba un enorme tulup de piel de lobo. Entró en la jata, rezó a Dios y saludó a los dueños:
—¿Cómo viven, amo y ama de casa?
—Bienvenido, señor.
El barín se sentó en el banco. La oveja vio el tulup de piel de lobo y se quedó mirando al barín; lo miraba y pateaba con la pata: una vez, y dos, y hasta tres. El barín dijo:
—¿Por qué patea la oveja, mujik?
—Ella cree que eres un lobo, huele el espíritu del lobo. Ella caza lobos para mí; este invierno atrapó como diez.
—¡Ay, daría mucho por ella! ¿No está en venta? Para el viaje me viene bien.
—Está en venta, pero es cara.
—Eh, mujik, no es más caro que el dinero, un barín tiene suficiente.
—Por supuesto, se puede hacer un favor.
—¿Y cuánto vale?
—Quinientos rublos.
—¡Que Dios nos libre, es mucho! Toma trescientos.
Bueno, el mujik aceptó y la vendió. El barín pasó la noche, se levantó al amanecer y se preparó para el camino; le dio trescientos rublos al amo y se llevó la ovejita, la sentó en el trineo y se fue. Va viajando. Vienen a su encuentro tres lobos. Entonces la oveja vio a los lobos y empezó a saltar en el trineo. El barín le dijo al cochero:
—Hay que soltarla: mira cómo se ha encendido de ánimo. Ahora mismo los atrapa. Pero ella tiene miedo.
El cochero dijo:
—Espere un poco, señor, ella se encenderá de ánimo.
Los lobos se cruzaron con ellos justo al lado. El barín soltó a la oveja; la oveja se asustó de los lobos, salió volando hacia el bosque, agitando su corta cola. Los lobos

se lanzaron tras ella aullando, que solo se levantaba la nieve, y el cochero se dispuso a seguirla. Mientras desenganchaba los caballos y galopaba tras la oveja, los lobos atraparon a la oveja y le arrancaron el pellejo, y ellos mismos huyeron al bosque. El cochero llegó galopando: la oveja yacía de costado, y su pellejo arrancado yacía allí. Se acercó al barín. El barín le preguntó:
—¿No viste nada?
—¡Ay, señor, qué buena oveja! Se hizo toda pedazos, pero no se entregó a los lobos.
El mujik recibió los trescientos rublos, ahora se sienta y le cuenta cuentitos al barín, mientras los trescientos rublos le yacen en el bolsillo.